

La subjetividad de quien investiga y la ética de la investigación. Reflexiones para la construcción de un lugar*

The subjectivity of the person who investigates and the ethics of the investigation. Reflections for the construction of a place

A subjetividade do pesquisador e a ética da pesquisa. Reflexões para a construção de uma posição

Bárbara Olivares Espinoza**

RESUMEN

En el presente texto se reflexiona acerca de la figura del investigador y de la subjetividad implicada en la investigación social. Primero, se profundizará en la idea de “reflexividad” como una condición necesaria para desarrollar investigación social y, luego, se propone atender a la edición y el recorte como operaciones ineludibles, reconociendo su carácter ético y político. Finalmente, se examinan las ideas de “testimonio” y “testigo”, como metáforas de la complejidad que implica el ejercicio de volver narrable una experiencia vivida. Se concluye que, quien investiga, debe reconocer los límites de su lugar de escucha y elaboración, manteniéndose vigilante respecto de su práctica científica que, lejos de ser una práctica estandarizada, está más cercana a la cocina o la alquimia.

Palabras clave:
investigación,
subjetividad,
reflexividad,
testigo, testimonio.

* Este trabajo se enmarca en los estudios doctorales que la autora desarrolla en la Universidad de Chile, en el Doctorado en Ciencias Sociales que cursa gracias al financiamiento otorgado por la Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo (ANID), a través del Programa Formación de Capital Humano Avanzado, Beca Doctorado Nacional, N° 21170885. La autora agradece los comentarios y sugerencias que la Dra. María Emilia Tijoux le formuló a este texto.

** Facultad de Psicología, Universidad Diego Portales. Psicóloga, Universidad de Santiago de Chile. Magister en Psicología Comunitaria, Universidad de Chile. Dra (c) en Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Contacto: barbara.olivares@udp.cl

ABSTRACT

The current text formulates a reflection around the figure of the researcher and the subjectivity involved in social research. First, the idea of reflexivity will be deepened as a necessary condition for developing social research, followed by a proposal to pay attention to editing and cutting, as unavoidable operations, acknowledging their ethical and political nature. Finally, the idea of testimony and witness is examined as metaphors of the complexity involved in narrating a lived experience. It is concluded that researchers must recognize the limits of the place from which they listen and develop, remaining vigilant to their scientific practice, which, far from being a standardized practice, is closer to cooking or alchemy.

Keywords:
investigation,
subjectivity,
reflexivity, witness,
testimony.

RESUMO

O presente texto reflete sobre a figura do pesquisador e a subjetividade envolvida na pesquisa social. Primeiro, será aprofundada a ideia de “reflexividade” como condição necessária para o desenvolvimento da pesquisa social e, em seguida, o texto propõe a tratar a edição e o corte como operações inevitáveis, reconhecendo seu caráter ético e político. Finalmente, são analisadas as ideias de “testemunho” e “testemunha” como metáforas da complexidade envolvida no exercício de tornar narrável uma experiência vivida. Conclui-se que quem pesquisa deve reconhecer os limites de sua posição de ouvinte e de elaboração, permanecendo vigilante em relação a sua prática científica que, longe de ser uma prática padronizada, está mais próxima da culinária ou da alquimia.

Palavras-chave:
pesquisa,
subjetividade,
reflexividade,
testemunha,
testemunho.

1. Introducción

Las ciencias sociales tienen su origen durante el siglo XIX, como consecuencia de los procesos que experimentaba la sociedad europea, de consolidación de los Estados modernos, el capitalismo y la industrialización. Así, las incipientes disciplinas intentaban consolidar su legitimidad por medio de su contribución a disminuir los problemas que presentaban sus sociedades, producto de un contexto de permanentes cambios y transformaciones. Para alcanzar tal propósito, se establecieron modos de pensar y operar que tomaban como base las concepciones de ciencia imperantes, como son las ciencias físico-naturales. Efecto de ello fue la generación de un cúmulo de conocimientos con pretensiones de objetividad, que terminaron consolidando una cientificidad. En ese marco, se produjeron debates epistemológicos acerca de la visión científica de las ciencias sociales y se ponía en tensión a las perspectivas objetivistas: se planteaba que el objeto de estudio de estas nuevas disciplinas no era externo al ser humano, sino inherente a los escenarios en los que los seres humanos se encuentran insertos, lo cual implica que el investigador pueda captar el mundo que investiga desde dentro, como parte de él (Farías, 2009). Lo anterior exigía que las ciencias sociales se emanciparan de la epistemología y metodología de las ciencias físico-naturales, y propusieran una vía más pertinente a la realidad histórico-social en la que se encontraban (Farías, 2009).

En la concepción clásica de cientificidad, la subjetividad es representada como contingencia, en tanto fuente de errores, por lo que durante mucho tiempo se trabajó para excluir o neutralizar al observador¹ de su observación, y también al pensador, al que construye conceptos, de su concepción. Luego, en el siglo XX, se ha neutralizado al sujeto reemplazándolo por estímulos, al mismo tiempo que se expulsa su dimensión histórica, dentro de una concepción que privilegia el análisis de los determinismos sociales sobre la acción y se aproxima a lo que se ha conocido como el “paradigma del pensamiento simplificador”, que se ocupa de reducir la experiencia a ámbitos limitados del saber, sin considerar que cada componente forma

1 La autora asume la importancia de la distinción lingüística de género; sin embargo, con el ánimo de facilitar la lectura del texto, en adelante ésta será obviada.

parte de un todo más grande que va a producir una multiplicidad de realidades a conocer. Así, durante muchas décadas, la ciencia operó a través del mecanismo de la disyunción, basado en separaciones y compartimentaciones que producen una ausencia de comunicación entre el conocimiento científico y la reflexión, impidiendo que la misma ciencia pueda conocerse, reflexionarse, e incluso concebirse científicamente a sí misma (Morin, 2003).

De este modo, la ciencia desplegó todo un esfuerzo para acceder a un conocimiento verdadero, objetivo y neutral, que consistió, fundamentalmente, en neutralizar la influencia del observador, que es el investigador. Por entonces, se sostenía que el conocimiento era una representación, lo más exacta posible de una realidad, una especie de reflejo fotográfico. El método científico era el garante fundamental de la no participación del sujeto. Al reconocer los procesos de traducción e interpretación como inherentes al conocimiento, la concepción de los procesos cognitivos como reflejo del mundo externo aparece como obstáculo para la comprensión de la complejidad del mundo.

Muchos de los debates de los últimos años, en el seno de las ciencias sociales, intentan superar este problema y proponen distintas formas para legitimar un conocimiento que ha logrado producirse a partir de una implicación del sujeto investigador en la realidad investigada. Las contribuciones provenientes del feminismo resultan centrales para este asunto, ya que formulan una crítica sistemática a la ciencia moderna, preocupándose de demostrar que los modos de construir ciencia son generizados y que allí participan dimensiones económicas, políticas, psicológicas, culturales, etc. (Harding, 1996).

Actualmente es posible sostener que el proceso de investigación constituye una forma de traducción/interpretación, no claramente definida y acotada, en la que se reconoce la intervención del sujeto, el que deja de ser un ente pasivo, que capta, recoge y registra la realidad sin intervención, para transformarse en un ente activo, que constituye el conocimiento en la relación objeto/sujeto (Aguado y Rogel, 2002).

El presente texto pretende elaborar una discusión acerca del proceso de investigación social, revisando algunas contribuciones teóricas que permitan hacer ver las opacidades que participan de todo proceso de investigación. Se expondrá, primero, una revisión del recorrido que

han hecho las ciencias sociales en su intento por alcanzar un conocimiento científico legítimo, en medio de una crisis que afectaba a las epistemologías incubadas en medio de la búsqueda por estudiar a grupos humanos, pero en la que se ha logrado dar lugar a la subjetividad y al conocimiento situado, otorgando importancia a los contextos que determinan condiciones de posibilidad para la generación de conocimiento científico. Más adelante, el texto se detendrá en la figura del investigador, en el marco dado por la investigación cualitativa, donde en la que la reflexividad ha sido un asunto relevante de considerar para distintas tradiciones en la investigación social y, particularmente, para el feminismo. Finalmente, se presentarán dos apartados que buscan reflexionar sobre ámbitos relevantes para el quehacer del investigador: las ideas de “edición” y “recorte”, por un lado, y las de “testimonio” y “testigo”, por otro.

2. Quehacer científico, globalización y conocimiento

En América Latina, la crisis del conocimiento social se plantea como una crisis de la propia subjetividad positivista moderna, desatada como parte de la mutación de todo un periodo histórico asociado a la modernidad europea, cuyo agotamiento envuelve también los fundamentos epistemológicos que sustentaron los modelos de conocimiento europeos impuestos en todo el mundo desde el siglo XVI. En ese sentido, el contexto general nos señala que enfrentamos una crisis de las ciencias sociales y de la propia construcción del conocimiento científico (Mejía, 2008), que impacta directamente en cómo se piensan y desarrollan las investigaciones hoy.

Así, va demostrándose que, para situar el quehacer científico en este escenario, se requiere de una cierta lectura que permita al investigador redefinir sus horizontes de posibilidad y proponer vías de abordaje consistentes con este marco. Bien sabemos que la producción de conocimiento es un conjunto de operaciones que podemos caracterizar como “políticas”, provenientes de los distintos acontecimientos del campo científico mismo, que legitiman, institucional y socialmente, formas de saber que actúan como mecanismos de poder (Bourdieu & Wacquant, 2005). Se trata de operaciones políticas que involucran disciplinamientos de los sujetos, dinámicas institucionales, distribución de recursos, intereses gubernamentales, discursos de legitimación y

diversos aspectos que participan en la producción de conocimiento (Montenegro & Pujol, 2013).

En concreto, actualmente se produce un conocimiento que se localiza en un contexto de alta productividad y competitividad, que se somete a pruebas de legitimidad impuestas desde posiciones hegemónicas, que estandarizan modos de pensar y operar en la realidad, obturando el despliegue de saberes diversos que no necesariamente se ajustan al parámetro establecido. Así, se va configurando una ética del trabajo caracterizada por los valores de la inmediatez, la productividad a ultranza y una ciencia individualista, en la que se refuerza la competitividad irracional y se afianza una subjetividad controlada a través de distintos mecanismos de gestión, que presionan fuertemente a las instituciones académicas y sus miembros (Guzmán, 2010). En definitiva, se va transformando el modo en que las instituciones académicas realizan la tarea de investigar, pues aparecen criterios que se elaboran sobre la base de la pertinencia, la relevancia, la transferibilidad y el impacto, respondiendo casi exclusivamente a determinaciones económicas (Juarros & Martinetto, 2008).

Es así como se vuelve relevante no solo la consideración a la imprevista mercantil, sino que, además, es fundamental comprender cómo la globalización, por ejemplo, introdujo una aspiración de universalización y homogenización, que produjo repercusiones relevantes para las ciencias sociales. En este sentido, se propone que no importaría desde dónde se instala la visión de mundo, el mundo es “uno”, “igual” en cualquier parte, lo que cambia son los temas de investigación y la gran cantidad de objetos que pueden ser interpretados con referencia a autores universales. Para algunos, el mundo se redujo, se hizo conocido y se hizo pequeño, más abordable, no solo por las tecnologías sino también por los investigadores que se desplazan a todas las universidades del planeta (Follari, 2015). Se crea, de este modo, un punto de vista que delimita la mirada y vuelve posible un modo de acceder a la realidad estudiada, en la que el investigador queda sujeto (como un sujeto sujetado) a un lugar desde el cual construye al objeto.

Sin embargo, como respuesta a esta construcción, las ciencias sociales han impulsado un debate en el que emergen posiciones que abandonan la neutralidad, permitiendo legitimar saberes diversos que no han sido considerados por la modernidad y el pensamiento hegemónico. Se

plantean, de este modo, distintos modos de ser, pensar y sentir. Además, se afirma que no hay ignorancia o conocimiento en general, sino que toda ignorancia es ignorante de un cierto conocimiento, y todo conocimiento es el triunfo sobre una ignorancia en particular (De Sousa, 2015).

En este sentido, es relevante reconocer que toda experiencia social produce y reproduce conocimiento y, por tanto, presupone una o varias epistemologías, siendo la epistemología una noción o idea sobre las condiciones de lo que opera como un conocimiento válido. Por medio de éste, una determinada experiencia social se vuelve intencional e inteligible. Entonces, no hay conocimiento sin prácticas y actores sociales, siendo éste válido en lo contextual, tanto en términos de diferencia cultural como de diferencia política (De Sousa & Meneses, 2014), lo que rompe con la idea de un conocimiento global, como único e igual en cualquier parte.

Este último asunto resulta clave para que se pueda pensar en la subjetividad de quien investiga y en cómo se construye al objeto. Una de las perspectivas que propone una reflexión al respecto es la de “conocimiento situado” (Haraway, 1997), que sostiene que las versiones del mundo que co-construimos en la investigación no son meros relatos fantásticos o un discurso como cualquier otro, mientras que, por otra, reconoce la imposibilidad de replantear que el conocimiento refleja una realidad de manera neutra, más aún si asumimos que éste siempre se nutre de inquietudes ciudadanas, políticas e ideológicas de los investigadores.

Hay discursos que reivindican el posicionamiento de quien investiga, pues permiten asumir una interrogación “hacia adentro”, hacia la subjetividad del propio investigador, que también se pone como objeto de estudio. Este ejercicio, deseable desde el punto de vista de la rigurosidad en la investigación social, lejos de presuponer una distancia aséptica, supone una participación comprometida por la cual el sujeto de conocimiento no se desvincula del proceso de investigación y los efectos que provoca (García Dauder 2003, citado en Cruz, Reyes & Cornejo, 2012), constituyendo lo que se ha denominado una “reflexividad fuerte” (Harding, 1996).

Así, las implicaciones políticas de una posición o de un conocimiento, lejos de invalidarlo como ideología o de conducirnos a un relativismo del “todo-vale”, permiten una producción de conocimiento

socialmente comprometido y responsable. Este carácter responsable de los conocimientos situados posiciona a los sujetos de conocimiento como fuente de interrogación, siendo examinados en los mismos términos que los objetos de conocimiento.

3. La investigación cualitativa y la perspectiva de quien investiga: subjetividad y reflexividad

La investigación social, en su vertiente cualitativa y subjetivista, ha expandido su dominio, debido a que los procesos de transformación social de las sociedades contemporáneas se están traduciendo en procesos más simbólicos y subjetivos, en los que los modos de construir identidad y de significar los espacios y procesos sociales se vuelven relevantes para los sujetos. Así, la individualización y la disolución de los patrones biográficos sujetos a estructuras sociales rígidas, han generado una pluralización de los mundos vitales que requiere de una nueva sensibilidad para el estudio empírico de lo social (Flick, 2002).

Actualmente, la relevancia social que adquiere la indagación por los significados, como el estudio de las profundidades subjetivas e intersubjetivas que construyen lo social, abre una puerta para la comprensión de los fenómenos que nos impactan cotidianamente. Las metodologías cualitativas han avanzado en la generación de formas de investigar, donde existen diversas y complejas realidades que, al igual que el conocimiento, se transforman y construyen dinámicamente en relación con las lógicas contextuales y la interpretación que dan los propios actores desde los lugares de saber y poder en que se encuentran. Resulta particularmente importante reconocer que el conocimiento de la realidad humana supone no solo la descripción operativa de ella, sino, ante todo, la comprensión del sentido de la misma por parte de quienes la producen y la viven (Sandoval, 2002).

Hoy, un sector importante del mundo científico ha apostado por abandonar la pretensión clásica de cuantificar y medir la realidad, pues el comportamiento de la gente, sus creencias, su visión del mundo, los significados que elaboran y comparten, no pueden ser segmentados ni divididos, debido a que estamos ante procesos continuos en un flujo inacabable de transformaciones y dinámicas diversas. Investigar y abordar el entramado de significados que construye el ser social,

se constituye necesariamente como un proceso circular y abierto, que no puede rutinizarse ni protocolizarse (Sisto, 2008).

De este modo, los investigadores han adscrito a una nueva forma de vincularse con la sensibilidad investigadora, que obliga a estar atentos a algunas dimensiones no tan evidentes para otras perspectivas de investigación. Así, por ejemplo, es importante destacar que los procesos sociales son temporales y portadores de una historia que los ha constituido. También, importa prestar atención al entorno cultural particular que enmarca cada proceso social, pues el sistema de normas y los significados compartidos que cada cultura ha construido a lo largo de su historia no pueden ser ignorados en cualquier proceso de investigación que se emprenda (Iñiguez, 1999).

En este contexto, la persona del investigador se convierte en un foco de interés y de elaboración para todo estudio que apueste por la comprensión de la realidad estudiada; por tanto, aparecen ciertos conceptos que marcan un devenir particular y que responden a la inquietud por considerar la emergencia de la subjetividad de quien investiga, como “portador de biografía”, “memoria”, “emocionalidad”, “ética” y un cúmulo de “mochilas” que carga en su trayecto como constructor de un proceso de investigación.

La reflexividad, inherente al trabajo de campo, consiste en el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente y la de los actores o sujetos de investigación. Entonces, a medida que se avanza en este proceso de aproximación recíproca, el conocimiento se revela no “al investigador”, sino “en” el investigador, quien debe comparecer en el campo, reaprenderse y reaprender el mundo desde otra perspectiva (Guber, 2011). Implica reconocer el lugar desde donde se habla y desde donde se comprende el mundo, descubriendo los intereses sociales y personales con que el investigador inviste su trabajo, que se relacionan con elementos como la clase, el género, la raza, la institución a la que pertenece, y que implican una “exploración sistemática de las categorías impensadas del pensamiento que delimitan lo pensable y predeterminan el pensamiento” (Bourdieu & Wacquant, 2005, p. 69).

Así, la persona del investigador asume un rol que requiere ser permanentemente reflexionado, pues, en primera instancia, operan los

papeles que tradicionalmente le han sido asignados, que corresponden a una especie de “deber ser” atribuido social y culturalmente, con el cual el investigador se tiende a presentar como miembro de una institución académica o de un determinado campo (Bourdieu, 1999), mientras que el investigado se presenta como autoridad en la materia, en su propio territorio y respecto de sus pares. Así, con sus cargas morales, de rol y de estatus, estas tipificaciones trazan una línea de interacciones, cooperación y reciprocidad, que determinan los lugares viables e inviables para observar, participar y entrevistar (Guber, 2011).

Por su parte, desde el feminismo, la discusión es prolífica y profundiza en la idea de las posiciones desde las que se enuncia, asumiendo que, como dice Haraway (1997), solo desde un determinado lugar y no desde un conocimiento trascendente y supremo, es posible la objetividad y la posibilidad de ser cuestionado y de cuestionarse. Implica reconocer que se trata de un proceso de ocupación de diferentes lugares subjetivos, sociales, culturales, sexuales, textuales, en los cuales quien investiga interroga de manera sistemática su posicionalidad, procurando producir un conocimiento de maneras más democráticas, menos androcéntricas (Albertín, 2009), y evitando ocupar posiciones únicas y universales que, muchas veces, se traducen como una atención vigilante sobre los procesos de construcción de conocimiento. Se cuestiona así los procedimientos delineados desde los formatos tradicionales de producción discursiva, que permiten enfrentar la violencia epistémica a través de la recuperación de aquello que ha resultado silenciado (Spivak, 2003). De este modo, para las investigadoras feministas, la reflexividad se vincula directamente con los efectos de la investigación en quien investiga y las relaciones desiguales de poder que ocurren en todo proceso de investigación; en definitiva, se trata de comprender cómo el proceso de investigación influye y moldea a la investigadora, en tanto sujeta que forma parte de la trama social que estudia, y donde lo fundamental radica en ir negociando las posiciones ocupadas por quien investiga, junto con reconocer la naturaleza cambiante de las relaciones de poder (Hesse-Biber & Piatelli, 2012).

De este modo, los debates epistemológicos cercanos a esta posición se encuentran asociados a una permanente búsqueda por generar encuadres metodológicos respetuosos y consistentes con estos principios. En ese marco, las metodologías cualitativas resultan particular-

mente cercanas a estos esfuerzos, visibilizando maneras diversas de comprender e investigar la realidad.

4. La edición y el recorte en los procesos de investigación social

Siguiendo con lo planteado previamente, la metodología cualitativa involucra al investigador con lo investigado, por lo que es una práctica en la que se conecta lo uno con lo otro y, a partir de esa relación, se derivan significados que es necesario aprehender. No obstante, este proceso de conexión/extracción no es simplemente un ejercicio de búsqueda tras algo que esté ahí esperando por ser recolectado y mostrado; implica tender un puente entre el investigador y lo investigado, reconociendo en la otredad una condición para el diálogo y el trabajo conjunto (Sisto, 2008).

La psicóloga venezolana Esther Wiesenfeld (2000) plantea que la investigación cualitativa favorece el estudio de los procesos, en tanto inseparables de su contexto, enraizándose en las características y experiencia personal de los actores. Así, la interpretación de los fenómenos estudiados debe ser multivocal y dialógica, debido a que se levanta sobre las construcciones de los diferentes actores, incluyendo las del propio investigador. Por otro lado, rechaza el carácter privilegiado de cualquier discurso, de manera que el punto de vista del investigador no prevalece sobre el del investigado, sino que se reconoce como una interpretación más, una entre tantas otras. La investigación es, así entendida, como un proceso relacional, en tanto la construcción que cada quien elabora, moldea y es moldeada por la de su interlocutor. El conocimiento se fundamenta, en este sentido, en la experiencia compartida y dialogada.

Así pensada, la investigación podría aproximarse a un proceso de elaboración en el que una experiencia irrepetible queda sujeta a procedimientos que la vuelven reproducible, tal y como sucede con los objetos históricos. Recurriendo al filósofo Walter Benjamin (2015), podríamos suponer que toda investigación tiene en su base un cúmulo de experiencias únicas, que requieren de operaciones de captura e inteligibilidad para volverse parte del recorte que constituye una investigación, y, en ese ejercicio, se pierde la singularidad de esa realidad para volverla reproducible. El autor sostiene que

...cada día es más fuerte el impulso por adueñarse de un objeto con la mayor cercanía posible, a través de la similitud, de la reproducción. Sin duda la reproducción [...] difiere de la imagen que ve el ojo desnudo. La unicidad y la permanencia están íntimamente relacionadas en el segundo caso, como lo están la transitoriedad y la reproducibilidad en el primero. Quitarle a un objeto su coraza, destruir su aura², es la marca de la percepción cuyo sentido de la igualdad universal de las cosas ha crecido a tal punto que la extrae incluso de un objeto único por medio de la reproducción. Así se pone de manifiesto en el campo de la percepción lo que en la esfera teórica se evidencia con la creciente importancia dada a las estadísticas. (Benjamin, 2015, p. 33)

Así entendido, podríamos plantear que la reproducción técnica de una subjetividad, al igual que la imagen en la obra de arte, da cuenta de una cierta imposibilidad, es decir, a toda reproducción siempre le va a faltar algo. Esa falta, es justamente la presencia en el tiempo y en el espacio, una existencia única en el lugar que se está, que refiere a la historia a la que estuvo sujeta en su experiencia (Benjamin, 2015). En este sentido, la realidad a la que accede el investigador y que luego delimita a través de su ejercicio de edición y recorte siempre estará en falta. Pierde su existencia única para volver posible su transmisión y adquirir comunicabilidad. Si recurrimos a un ejercicio metafórico, podemos decir que la grabadora (instrumento de registro, fundamental para el investigador cualitativo) es, a la voz del sujeto, lo que la cámara fotográfica es a la imagen capturada. Quedando la grabadora ubicada en una posición paradójica, pues intenta reproducirlo todo, pero al mismo tiempo deja fuera todo aquello que acompaña la comunicación verbal, y que muchas veces determina el sentido de cómo se dice lo que se dice. La voz ya capturada por la grabadora, despojada del cuerpo y del contexto que la rodea, refleja al mismo tiempo una presencia

2 Walter Benjamin (2015) define “aura” como la manifestación irreplicable de una lejanía, por cercana que pueda estar, y no representa otra cosa que la formulación del valor cultural de la obra artística en categorías de percepción espacio-temporal. Lejanía, es entonces, contrario a cercanía. Lo esencialmente lejano es lo inaccesible. La idea de “aura” puede ayudar a dimensionar lo imposible de la captura y de la objetivación de una realidad que trasciende los mecanismos a partir de los cuales se vuelve asible (lo que para Benjamin sería la técnica). En definitiva, podemos incluso plantear que toda realidad, cuando se vuelve objeto de estudio, pierde su aura para volverse reproducible y transmisible a las audiencias, tal y como ocurre con las obras de arte.

y una ausencia, lo que entra y lo que queda fuera en todo trabajo de campo.

Por otro lado, también es necesario reconocer que, en términos generales, los conocimientos contribuyen a comprender y explicar hechos sociales, por lo tanto, alojan en su base una dimensión de poder mediante la cual los grupos sociales disputan sus maneras de reinterpretar y fijar los límites de lo real y lo posible, o, en otras palabras, de lo legítimo y normal (Martinic, 1986, citado en Vergara del Solar, 1999). Esta implicancia política, que tiene todo ejercicio de producción de conocimiento, requiere de un investigador comprometido y sensible a los asuntos que rodean el proceso investigativo. “Hacer hablar al subalterno ha sido históricamente una estrategia mediante la cual el saber se usa para asentar el poder” (Franco, 1988, p. 90, citado en Vergara del Solar, 1999). Asimismo, De Certeau (1993) irá más allá y se detendrá en la construcción del relato histórico y sus implicancias para la investigación, asumiendo que existe un problema político inscrito en la historia, en tanto silenciamiento, rechazo, exclusión y ficcionalización del sujeto, de su cuerpo y de la enunciación de su palabra. Ser autor de un relato implica establecer ciertos límites para lo narrable y lo innarrable, lo decible y lo indecible, y, sobre todo, lo que puede ser escuchado y lo que necesita ser resguardado.

A modo de ejemplo, el famoso antropólogo norteamericano Philippe Bourgois (2010), quien investigó por cerca de cinco años la venta de crack en “El Barrio”, en East Harlem, reconoce que decidió excluir varias conversaciones y observaciones pues afectaban la imagen de las personas. Para el autor, la selección, edición y censura tienen implicancias políticas, éticas y personales que los investigadores deben afrontar continuamente, sin que jamás puedan confiar en su plena resolución. De este modo, se asume la idea de “recorte” como una instancia necesaria que permite elaborar un relato que resguarde a los sujetos investigados, y que determine lo que “entra” y lo que queda “fuera”, definiendo límites y bordes a partir de decisiones que, para este investigador, debían ser discutidas permanentemente con la comunidad estudiada.

Cuando el campo de estudio involucra situaciones límite, las palabras solo podrán dar cuenta del borde —del límite—, que constituye una frontera que puede ser transitada pero no traspasada por

lo narrable, que bordea fronteras para un inaprehensible cúmulo de horrores y de lugares imposibles. Así, los investigadores tendrán que ser quienes enuncian esa imposibilidad, a partir de una construcción que rellena vacíos y da lugar a lo indecible. En ese trabajo de campo, donde hay quien dice (o no), también existe el lugar de quien escucha, que es un lugar donde el sujeto también queda expuesto en ese encuentro con el otro, algo de sí se ofrece para entablar ese diálogo y, en la palabra o en el silencio de quien testimonia, su propio ser es quien resuena para intentar hacer enunciables los límites de lo decible. La consideración de estas fronteras implica entonces que el investigador, ante la escucha, descubra que no es posible decirlo todo de sí mismo, ni saberlo todo del otro, que hay una intimidad que se reclama siempre (Aranguren, 2008).

5. Comprendiendo el recorte: la idea de testimonio y de testigo

La crisis de los enfoques y métodos objetivistas en ciencias sociales ha permitido, desde los años 70 en adelante, la emergencia de estudios que ponen en relieve modos de producir conocimiento más cercanos a tradiciones que recuperan la historia oral y el relato de vida. El testimonio, entonces, es un recurso ampliamente utilizado en este contexto, sobre todo cuando interesa conocer la dimensión subjetiva de todo fenómeno social. Pero ¿testimonio de quién o respecto a qué? Esta ha sido una de las preguntas que ha movilizado a distintos investigadores que han cuestionado la tendencia a investigar a cierto tipo de sujetos en desmedro de otros, que se mantienen invisibles y ocultos a la mirada del investigador.

Optar por el testimonio es ponerse de un cierto lado y, desde ahí, desarrollar una mirada comprensiva respecto de lo que se observa. Un testimonio está lejos de ser un discurso espontáneo y exacto de las representaciones que tiene un sujeto de una situación en particular. Se trata de una producción, que requiere de una situación de entrevista, de una relación “cara a cara”, y, luego, de una composición o elaboración de un relato, producto de una relación construida en conjunto por el investigador y el sujeto investigado. En definitiva, el testimonio es un relato en que un sujeto comunica a otro su experiencia, en que un testigo habla para contestar a un interlocutor, en un espacio que supone una distancia y a la vez un diálogo desde posiciones diferentes, tales

como intelectual/activista, extranjera/indígena, escritura/oralidad, etc. (Vergara del Solar, 1999).

De este modo, la idea de “testimonio” está inmediatamente vinculada a otro concepto central en esta reflexión: el “testigo”. De acuerdo con Agamben (2010) —filósofo que estudia lo ocurrido en el campo de concentración de Auschwitz—, en latín hay dos palabras para referirse al testigo:

...la primera, *terstis*, de la que deriva el término “testigo”, significa etimológicamente aquel que se sitúa como tercero (*terstis*) en un proceso o litigio entre dos contendientes. La segunda, *superstes*, hace referencia al que ha vivido una determinada realidad y ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está, pues, en condiciones de ofrecer un testimonio sobre él. (Agamben, 2010, p. 15)

De este modo, se constituye el testigo, por un lado, se constituye el testigo como una especie de observador no participante y, por otro, excediendo este lugar para emerger como directamente involucrado y sumergido en el hecho en cuestión. Para efectos de esta reflexión, situaremos la atención en la segunda acepción: el testigo que está en posición de ofrecer testimonio respecto de lo vivido.

El investigador, como testigo, constituye una figura relevante para el quehacer de las ciencias sociales, pues permite pensar en la responsabilidad asumida cuando se emprende la tarea de investigar sobre una determinada realidad. Los efectos de cualquier investigación suponen ubicar a la población estudiada en un lugar visible y, por tanto, valorable o juzgable desde el punto de vista ético. Se construyen, de este modo, víctimas, héroes o villanos, que adquieren visibilidad a partir de las investigaciones desarrolladas y legitimadas en un cierto campo.

Agamben (2010) señala que “testigo” remite a la voz griega *martis*, es decir, mártir. Y agrega que este término griego se deriva de un verbo que significa “recordar” y que implica, en el contexto de supervivientes de un campo, que el testigo que sobrevive tiene una vocación de memoria: no puede no recordar. De este modo, cuando el investigador se aproxima a un campo³, accede a un relato que pretende

3 Curiosamente, en la investigación social también se recurre a la idea de “campo”, que corresponde al mismo término que utiliza Agamben cuando reflexiona sobre “el

hacer un ejercicio de memoria sobre situaciones que acontecieron y que se inscribieron en la subjetividad de los investigados. Aquello que se recuerda pasa a formar parte de una materialidad en la que el investigador vuelve narrable e inteligible una experiencia singular. El investigador queda, entonces, ubicado como una especie de testigo de segundo orden, es un testigo del testigo, donde, en palabras del mismo Agamben (o más bien de Primo Levi⁴, quien termina hablando a través de Agamben), hay alguien que “testimonia a través de mis palabras”.

6. Consideraciones finales

Reflexionar sobre cómo se desarrolla una investigación social en la actualidad, requiere que nos dispongamos a un intercambio que implica interrogar prácticas formalizadas e institucionalizadas que se instalan como verdaderas en el contexto histórico en que habitamos.

Sin embargo, también sabemos, a partir de las contribuciones acá revisadas, que aunque pretendamos “fotografiar” con la mayor exactitud posible la realidad estudiada (y esa es una fantasía que cobra fuerza mediante el desarrollo de nuevas tecnologías), debemos asumir la radicalidad de la imposibilidad de representar al otro.

testigo” y “el testimonio”, que son los conceptos acerca de los que se ha reflexionado en este texto. Para Bourdieu, por ejemplo, uno de los autores que más ha desarrollado este concepto, un campo es un espacio social de acción y de influencia en el que confluyen relaciones sociales determinadas, por lo que es una red de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen en su existencia y en las determinaciones que les imprimen a sus ocupantes por la situación actual o potencial en la estructura de distribución de poder o capital, y por las relaciones objetivas con las demás posiciones. La noción de “campo” implica, entonces, pensar en términos de relaciones. Estas relaciones, que quedan definidas por la posesión o producción de una forma específica de capital, propia del campo en cuestión.

De esta manera, habría que pensar que el campo en Bourdieu comparte algunos elementos con el campo de Agamben, en tanto se producen relaciones de poder que implican una reducción de los sujetos a desplazamientos y regularidades, donde se establece un orden de normalidad que no puede ser cuestionado desde un afuera.

Esta discusión en torno a la idea de “campo” requiere un mayor desarrollo y es parte de un siguiente manuscrito aún en proceso de elaboración.

4 Primo Levi es un escritor italiano de origen judío, de profesión químico, sobreviviente del Holocausto, quien es conocido por las obras donde da testimonio respecto de esa historia, particularmente sobre los meses que estuvo prisionero en el campo de concentración de Monowitz, subalterno de Auschwitz.

Lo anterior necesariamente implica reforzar el reconocimiento del lugar ético y político del investigador, que se hace posible a partir de su involucramiento y cercanía con la alteridad, ubicada en un campo que requiere de una posición de respeto e interés genuino.

Respecto de la idea de “testimonio”, es relevante continuar explorando relaciones posibles entre la filosofía y la aplicabilidad en el ámbito de la investigación, pues permite abrir espacios de reflexión para enfrentarse a preguntas que no están del todo resueltas. Así, por ejemplo, ¿existe un estatuto de verdad que ubica al investigador en un cierto lugar respecto del testimonio? Constituye una pregunta que está lejos de tener una respuesta, a partir de los desarrollos que actualmente vemos en nuestros campos de estudio. Asimismo, y sobre todo para el trabajo que se lleva a cabo en la investigación cualitativa, resulta importante profundizar en la posición de escucha/testigo del investigador y en cómo esa posición impacta directamente su subjetividad. En ese sentido, ¿es necesario abrir un espacio para trabajar con el desgaste que produce ser testigo? ¿Es la escucha una herramienta de investigación que requiere de soportes previos? ¿Cómo se construyen los límites de la escucha? ¿Es posible escucharlo todo? ¿A quién le sirve el recorte? ¿Es el mismo recorte el que delimita lo posible para el investigador? ¿Qué recorte, para qué investigador o, más bien, para qué investigación?

Sin duda, muchas de estas preguntas han sido abordadas por la epistemología feminista, preocupada de denunciar la exclusión de las mujeres —su experiencia y sus puntos de vista— de la construcción de conocimiento hegemónico, que profundiza un recorte de la realidad en el que la otredad queda fuera, o ubicada en lugares subalternizados, o directamente racializados, reproduciendo estereotipos coloniales de barbarie o salvajismo para quienes se ubican fuera de los límites del pensamiento moderno localizado en Occidente (Spivak, 2003; De Souza, 2015).

Con todo, resulta pertinente recurrir al conocido concepto de “vigilancia epistemológica” para concluir respecto de la importancia de monitorear las prácticas a partir de las cuales se produce conocimiento, proponiendo que es necesario instalar una sensibilidad que permita volver consciente aquello que, muchas veces, no es declarado ni pensado. Lo relevante para el investigador no es objetivar la experiencia vivida

por el sujeto, sino las condiciones sociales de posibilidad y, por tanto, los efectos y límites de dicha experiencia, e inclusive del acto de objetivación (Bourdieu, Chamboredon & Passeron 1999), que produjo una materialidad a partir de la cual se decanta un estudio que se vuelve comunicable en un determinado circuito de relaciones. Como ya mencionó el feminismo, lo relevante es no olvidar que los circuitos de intercambio de conocimiento están atravesados por múltiples desigualdades, que sitúan los límites para considerar qué, quién y cómo se investiga.

En definitiva, desarrollar una investigación supone hacerlo bajo ciertos estándares de lo que se ha venido entendiendo como rigor metodológico, que legitima una forma de “tratar” los datos y producir relatos validados científicamente. De este modo, aquello que se escapa de la explicación racional puede inscribirse dentro de la “experiencia” que no es posible medir ni reducir a palabras. La dificultad de transmitir lo esencial de la práctica científica, como conjunto de operaciones imposibles de codificar y formalizar de manera completamente exhaustiva, y que necesitan ser aprendidas mediante el ejemplo concreto, hace de la ciencia algo comparable a la cocina o a la alquimia (Giglia, 2003). Es precisamente respecto del interés por explorar esa cocina que llevamos a cabo la reflexión propuesta en este texto, y que conduce a revisar los modos en que seleccionamos la receta, mezclamos ingredientes, revolvemos la olla, regulamos el fuego y valoramos el gusto al momento de dar por finalizada la tarea. Con esta metáfora, intencionadamente generizada, (el lugar nutricional atribuido a las mujeres ha sido largamente debatido por distintas disciplinas), reforzamos la idea de lo relevante que resulta buscar metodologías donde la subjetividad y reflexividad tengan lugar, sobre todo, para quienes deseamos abrir horizontes de posibilidad para investigar hoy, en un mundo abiertamente diverso, complejo, cambiante y colmado de incertidumbres.

Referencias

- Agamben, G. (2010). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*, Valencia: Editorial Pre-textos.
- Aguado, E. y Rogel, R. (2002). La recuperación del observador en la construcción del dato. *Cinta de Moebio*, 13, 2-20. Recuperado de <https://www.moebio.uchile.cl/13/aguado.html>

- Albertín Carbó, P. (2009). Reflexive Practice in the Ethnographic Text: Relations and Meanings of the Use of Heroin and Other Drugs in an Urban Community. *Forum Qualitative Social Research*, 10(2). DOI: <http://dx.doi.org/10.17169/fqs-10.2.1328>
- Aranguren, J. P. (2008). El investigador ante lo indecible y lo inenarrable (una ética de la escucha). *Nómadas*, 29, 20-33. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/colombia/iesco/nomadas/nomadas29.pdf>
- Benjamin, W. (2015). *La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica y otros textos*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J-C. y Passeron, J-C. (1999). *El oficio de sociólogo*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Cruz, M. A., Reyes, M. J. y Cornejo, M. (2012). Conocimiento situado y el problema de la subjetividad del investigador/a. *Cinta de Moebio*, 45, 253-274. Recuperado de <http://www.moebio.uchile.cl/45/cruz.html>
- Guzmán Tovar, C. (2010). Homogeneidad y Multiplicidad en la Investigación Social. *Nómadas*, 32, 255-265. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=1051/105114733017>
- De Certeau, M. (1993). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- De Sousa Santos, B. (2015). Prólogo, en X. Leyva Solano, P. Pascal y A. Köhler (Eds.), *Prácticas otras de conocimientos(s). Entre crisis, entre guerras*. San Cristóbal de las Casas: Cooperativa Editorial Retos.
- De Sousa Santos, B y Meneses, M. P. (2014). Introducción, en B. De Sousa Santos y M. Meneses, *Epistemologías del Sur. Perspectivas*. Madrid: Akal.
- Farías, F. (2009). La epistemología de las ciencias sociales en la formación por competencias del pregrado. *Cinta de Moebio*, 34, 58-66. Recuperado de <https://auroradechile.uchile.cl/index.php/CDM/article/download/18203/19081>
- Flick, U. (2002). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.

- Follari, R. (2015). Las ciencias sociales en la encrucijada actual. *Polis*, 41, 1-10. Recuperado de <https://scielo.conicyt.cl/pdf/polis/v14n41/art10.pdf>
- Giglia, Á. (2003). Pierre Bourdieu y la perspectiva reflexiva en las ciencias sociales. *Desacatos*, 11, 149-160. Recuperado de <http://www.scielo.org.mx/pdf/desacatos/n11/n11a10.pdf>
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Haraway, D. (1997). : *Feminism and Technoscience*. New York-London: Routledge,.
- Harding, S. (1996). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- Hesse-Biber, S. N. & Piattelli, D. (2012). The feminist practice of holistic reflexivity, en S. N. Hesse- Biber (Ed.), *The handbook of feminist research: theory and practice*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Iñiguez, L. (1999). Investigación y evaluación cualitativa: bases teóricas y conceptuales. *Revista de Atención Primaria*, 23(8), 496-502. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2893032>
- Juarros, M. F. y Martinetto, A. B. (2008). Limitantes del investigador académico: financiamiento y políticas científicas. *Nómadas*, 29, 50-63. Recuperado de http://nomadas.ucentral.edu.co/nomadas/pdf/nomadas_29/29_4JM_Limitantesdelinvestigador.pdf
- Mejía, J. (2008) Epistemología de la investigación social en América Latina. Desarrollos en el siglo XXI. *Cinta de Moebio*, 31, 1-13. Recuperado de <https://scielo.conicyt.cl/pdf/cmoebio/n31/art01.pdf>
- Montenegro Martínez, M. y Pujol Tarrès, J. (2013). La fábrica de conocimientos: in/corporación del capitalismo cognitivo en el contexto universitario. *Athenea Digital*, 13(1), 139-154. Recuperado de <http://atheneadigital.net/article/viewFile/v13-n1-montenegro-pujol/1031-pdf-es>
- Morin, E. (2003). *La introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Sandoval, C. (2002). *Investigación Cualitativa*. Bogotá: Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior ICFES. Recuperado de <https://panel.inkuba.com/sites/2/archivos/manual%20colombia%20cualitativo.pdf>

- Sisto, V. (2008). La investigación como una aventura de producción dialógica. *Psicoperspectivas*, 7, 114-136. Recuperado de <http://psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/viewFile/54/54>
- Spivak, G. Ch. (2003). ¿Puede hablar el subalterno? *Revista Colombiana de Antropología*, 39, 297-364.
- Vergara del Solar, J. (1999). ¿La voz de los sin voz? Análisis crítico de la producción e interpretación de testimonios en las ciencias sociales. *Estudios Atacameños*, 17, 7-23. Recuperado de <http://revistas.ucn.cl/index.php/estudios-atacamenos/article/view/524/500>
- Wiesenfeld, E. (2000). Entre la prescripción y la acción: la brecha entre la teoría y la práctica en las investigaciones cualitativas. *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 2. Recuperado de <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/viewFile/1099/2420>